

Sale TRAMPAGOS con un capuz de luto, y con él VADEMECUM, criado, con dos espadas de esgrima.

¡Vademécum!

¿Señor?

¿Traes las morenas?

Tráigolas.

Está bien: muestra y camina,
y saca aquí la silla de respaldo,
con los otros asientos de por casa.

¿Qué asientos? ¿Hay alguno, por ventura?

Saca el mortero, puerco, el broquel saca,
y el banco de la cama.

Está impedido;

fáltale un pie.

¿Y es tacha?

¡Y no pequeña!

Entrase VADEMECUM.

¡Ah, Periconá, Periconá mía,
y aun de todo el concejo! En fin, llegóse
el tuyo: yo quedé, tú te has partido,
y es lo peor que no imagino adónde,
aunque, según fue el curso de tu vida,
bien se puede creer piadosamente
que estás en parte... Aun no me determino
de señalarte asiento en la otra vida.

Tendréla yo, sin ti, como de muerte.

¡Que no me hallara yo a tu cabecera
cuando diste el espíritu a los aires,
para que le acogiera entre mis labios,
y en mi estómago limpio le envasara!

¡Misericordia humana! ¿Quién de ti confía?

Ayer fui Periconá, hoy tierra fría,
como dijo un poeta celeberrimo.

Entra CHIQUIZNAQUE, rufián.

Mi so Trampagos, ¿es posible sea

voacé tan enemigo suyo

que se entumbe, se encubra y se trasponga
debajo desa sombra bayetuna

el sol hampesco? So Trampagos, basta
tanto gemir, tantos suspiros bastan;
trueque voacé las lágrimas corrientes
en limosnas y en misas y oraciones
por la gran Periconá, que Dios haya;
que importan más que llantos y sollozos.

Voacé ha garlado como un tólogo,
mi señor Chiquiznaque; pero, en tanto
que encarrilo mis cosas de otro modo,
tome vuesa merced, y platiquemos
una levada nueva.

So Trampagos,

no es éste tiempo de levadas: llueven
o han de llover hoy pésames adunia,
y ¡hémonos de ocupar en levadicas?

Entra VADEMECUM con la silla, muy vieja y rota.

¡Bueno, por vida mía! Quien le quita
a mi señor de líneas y posturas,
le quita de los días de la vida.
Vuelve por el mortero y por el banco,
y el broquel no se olvide, Vademécum.
Y aun traire el asador, sartén y platos.
Vuélvese a entrar.

Después platicaremos una treta,
única, a lo que creo, y peregrina;
que el dolor de la muerte de mi ángel
las manos ata y el sentido todo.
¿De qué edad acabó la mal lograda?

Para con sus amigas y vecinas,
treinta y dos años tuvo.

¡Edad lozana!

Si va a decir verdad, ella tenía
cincuenta y seis; pero, de tal manera
supo encubrir los años, que me admiro.

¡Oh, qué teñir de canas! ¡Oh, qué rizos,
vueltos de plata en oro los cabellos!

A seis del mes que viene hará quince años
que fue mi tributaria, sin que en ellos
me pusiese en pendencia, ni en peligro
de verme palmeadas las espaldas.

Quince cuaresmas, si en la cuenta acierto,
pasaron por la pobre desde el día
que fue mi cara, agradecida prenda,
en las cuales, sin duda, susurraron
a sus oídos treinta y más sermones,
y en todos ellos, por respeto mío,
estuvo firme, cual está a las olas
del mar movable la inmovible roca.

¡Cuántas veces me dijo la pobreta,
saliendo de los trances rigurosos
de gritos y plegarias y de ruegos,
sudando y trasudando: "¡Plega al cielo,
Trampagos mío, que en descuento vaya
de mis pecados lo que aquí yo paso
por ti, dulce bien mío!"

¡Bravo triunfo!

¡Ejemplo raro de inmortal firmeza!

¡Allá lo habrá hallado!

¿Quién lo duda?

Ni aun una sola lágrima vertieron
jamás sus ojos en las sacras pláticas,
cual si de esparto o pedernal su alma
formada fuera.

¡Oh, hembra benemérita
de griegas y romanas alabanzas!

¿De qué murió?

¿De qué? Casi de nada:

los médicos dijeron que tenía
malos los hipocondrios y los hígados,
y que con agua de taray pudiera

vivir, si la bebiera, setenta años.

¿No la bebió?

Murióse.

Fue una necia.

¡Bebiérala hasta el día del juicio,
que hasta entonces viviera! El yerro estuvo
en no hacerla sudar.

Sudó once veces.

Entra VADEMECUM con los asientos referidos.

¿Y aprovechóle alguna?

Casi todas:

siempre quedaba como un ginjo verde,

sana como un peruétano o manzana.

Dícenme que tenía ciertas fuentes
en las piernas y brazos.

La sin dicha

era un Aranjuez; pero, con todo,
hoy come en ella, la que llaman tierra,
de las más blancas y hermosas carnes
que jamás encerraron sus entrañas;
y, si no fuera porque habrá dos años
que comenzó a dañársele el aliento,
era abrazarla como quien abraza
un tiesto de albahaca o clavellinas.

Neguijón debió ser, o corrimiento,
el que dañó las perlas de su boca,
quiero decir, sus dientes y sus muelas.

Una mañana amaneció sin ellos.

Así es verdad, mas fue deso la causa
que anocheció sin ellos; de los finos,
cinco acerté a contarle; de los falsos,
doce disimulaba en la covacha.

¿Quién te mete a ti en esto, mentecato?

Acredito verdades.

Chiquiznaque,

ya se me ha reducido a la memoria
la treta de denantes; toma, y vuelve
al ademán primero.

Pongan pausa,

y quédese la treta en ese punto;
que acuden moscovitas al reclamo.

La Repulida viene y la Pizpita,

y la Mostrenca, y el jayán Juan Claros.

Vengan en hora buena; vengan ellos
en cien mil norabuenas.

Entran LA REPULIDA, LA PIZPITA, LA MOSTRENCA y el rufián JUAN
CLAROS.

En las mismas

esté mi sor Trampagos.

Quiera el cielo

mudar su escuridad en luz clarísima.

Desollado le vieses ya mis lumbres
de aquel pellejo lóbrego y oscuro.

¡Jesús, y qué fantasma noturnina!

Quítenmele delante.

¿Melindricos?

Fuera yo un Polifemo, un antropófago,
un troglodita, un bárbaro Zoílo,
un caimán, un caribe, un comevivos,
si de otra suerte me adornara, en tiempo
de tamaña desgracia.

Razón tiene.

¡He perdido una mina potosisca,
un muro de la yedra de mis faltas,
un árbol de la sombra de mis ansias!
Era la Periconá un pozo de oro.
Sentarse a prima noche, y, a las horas
que se echa el golpe, hallarse con sesenta
numos en cuartos, ¿por ventura es barro?
Pues todo esto perdí en la que ya pudre.
Confieso mi pecado: siempre tuve
envidia a su no vista diligencia.
No puedo más; yo hago lo que puedo,
pero no lo que quiero.

No te penes,
pues vale más aquel que Dios ayuda,
que el que mucho madruga; ya me entiendes.
El refrán vino aquí como de molde;
¡Tal os dé Dios el sueño, mentecatas!
Nacidas somos; no hizo Dios a nadie
a quien desamparase. Poco valgo;
pero, en fin, como y ceno, y a mi cuyo
le traigo más vestido que un palmito.
Ninguna es fea, como tenga bríos;
¡ifeo es el diablo!

Alega la Mostrenca
muy bien de su derecho, y alegara
mejor si se añadiera el ser muchacha
y limpia, pues lo es por todo extremo.
En el que está Trampagos me da lástima.
Vestime este capuz; mis dos lanternas
convertí en alquitaras.

¿De aguardiente?

Pues, ¿tanto cielo yo, hi de malicias?
A cuatro lavanderas de la puente
puede dar quince y falta en la colambre;
miren qué ha de llorar, sino agua-ardiente.
Yo soy de parecer que el gran Trampagos
ponga silencio a su contino llanto
y vuelva al sicut erat in principio,
digo a sus olvidadas alegrías,
y tome prenda que las tuyas quite;
que es bien que el vivo vaya a la hogaza,
como el muerto se va a la sepultura.
Zonzorino Catón es Chiquiznaque.
Pequeña soy, Trampagos, pero grande
tengo la voluntad para servirte;
no tengo cuyo, y tengo ochenta cobas.

Yo ciento, y soy dispuesta y nada lerda.
Veinte y dos tengo yo, y aun venticuatro,
y no soy mema.
¡Oh mi Jezúz! ¿Qué es esto?
¿Contra mí la Pizpita y la Mostrenca?
¿En tela quieres competir conmigo,
culebrilla de alambre, y tú, pazguata?
Por vida de los huesos de mi abuela,
doña Mari-Bobales, monda-níspolas,
que no la estimo en un feluz morisco.
¿Han visto el ángel tonto almidonado,
cómo quiere empinarse sobre todas?
Sobre mí no, a lo menos; que no sufro
carga que no me ajuste y me convenga.
Adviertan que defiendo a la Pizpita.
Consideren que está la Repulida
debajo de las alas de mi amparo.
Aquí fue Troya, aquí se hacen rajas;
los de las cachas amarillas salen;
aquí, otra vez, fue Troya.
Chiquiznaque,
no he menester que nadie me defienda;
aparta, tomaré yo la venganza,
rasgando con mis manos pecadoras
la cara de membrillo cuartanario.
¡Repulida, respeto al gran Juan Claros!
Déjala, venga; déjala que llegue
esa cara de masa mal sobada.
Entra UNO muy alborotado.
Juan Claros, ¡la justicia, la justicia!
El alguacil de la justicia viene
la calle abajo.
Entrase luego.
¡Cuerpo de mi padre!
¡No paro más aquí!
Ténganse todos;
ninguno se alborote; que es mi amigo
el alguacil; no hay que tenerle miedo.
Torna a entrar.
No viene acá, la calle abajo cuela.
Vase.
El alma me temblaba ya en las carnes,
porque estoy desterrado.
Aunque viniera,
no nos hiciera mal, yo lo sé cierto;
que no puede chillar, porque está untado.
Cese, pues, la pendencia, y mi sor sea
el que escoja la prenda que le cuadre
o le esquine mejor.
Yo soy contenta.
Y yo también.
Y yo.
Gracias al cielo,
que he hallado a tan gran mal, tan gran remedio.

Abúrrome, y escojo.
Dios te guíe.
Si te aburres, Trampagos, la escogida
también será aburrida.
Errado anduve;
sin aburrirme escojo.
Dios te guíe.
Digo que escojo aquí a la Repulida.
Con su pan se la coma, Chiquiznaque.
Y aun sin pan, que es sabrosa en cualquier modo.
Tuya soy; ponme un clavo y una S
en estas dos mejillas.
¡Oh hechicera!
No es sino venturosa; no la envidies,
porque no es muy católico Trampagos,
pues ayer enterró a la Periconá,
y hoy la tiene olvidada.
Muy bien dices.
Este capuz arruga, Vademécum;
y dile al padre que sobre él te preste
una docena de reales.
Creo
que tengo yo catorce.
Luego luego,
parte y trae seis azumbres de lo caro;
alas pon en los pies.
Y en las espaldas.
Entrase VADEMECUM con el capuz, y queda en cuerpo TRAMPAGOS.
¡Por Dios, que si durara la bayeta,
que me pudieran enterrar mañana!
¡Ay, lumbre destas lumbres, que son tuyas,
y cuán mejor estás en este traje,
que en el otro, sombrío y malencónico!
Entran dos MUSICOS, sin guitarras.
Tras el olor del jarro nos venimos
yo y mi compadre.
En hora buena sea.
¿Y las guitarras?
En la tienda quedan;
vaya por ellas Vademécum.
Vaya;
mas yo quiero ir por ellas.
De camino,
Entrase el un MUSICO.
diga a mi oíslo que, si viene alguno
al rapio rapis, que me aguarde un poco:
que no haré sino colar seis tragos,
y cantar dos tonadas y partirme;
que ya el señor Trampagos, según muestra,
está para tomar armas de gusto.
Vuelve VADEMECUM.
Ya está en el antesala el jarro.
Traile.
No tengo taza.

Ni Dios te la depare.
El cuerno de orinar no está estrenado;
tráele, que te maldiga el cielo santo;
que eres bastante a deshonrar un duque.
Sosiéguese; que no ha de faltar copa,
y aun copas, aunque sean de sombreros.
Aparte A buen seguro que éste es churrullero.
Entra UNO, como cautivo, con una cadena al hombro, y pónese a mirar
a todos muy atento, y todos a él.
¡Jesús! ¿Es visión ésta? ¿Qué es aquesto?
¿No es éste Escarramán? El es, sin duda.
¡Escarramán del alma, dame, amores,
esos brazos, columna de la hampa!
¡Oh Escarramán, Escarramán amigo!
¿Cómo es esto? ¿A dicha eres estatua?
Rompe el silencio y habla a tus amigos.
¿Qué traje es éste y qué cadena es ésta?
¿Eres fantasma, a dicha? Yo te toco,
y eres de carne y hueso.
El es, amiga;
no lo puede negar, aunque más calle.
Yo soy Escarramán, y estén atentos
al cuento breve de mi larga historia.
Vuelve el BARBERO con dos guitarras, y da la una al compañero.
«Dio la galera al traste en Berbería,
donde la furia de un juez me puso
por espalder de la siniestra banda;
mudé de cautiverio y de ventura;
quedé en poder de turcos por esclavo;
de allí a dos meses, como el cielo plugo,
me levanté con una galeota;
cobré mi libertad y ya soy mío.
Hice voto y promesa inviolable
de no mudar de ropa ni de carga
hasta colgarla de los muros santos
de una devota ermita, que en mi tierra
llaman de San Millán de la Cogolla.»
Y éste es el cuento de mi estraña historia,
digna de atesorarla en mi memoria.
La Méndez no estará ya de provecho;
¿vive?
Y está en Granada a sus anchuras.
¡Allí le duele al pobre todavía!
¿Qué se ha dicho de mí en aqueste mundo,
en tanto que en el otro me han tenido
mis desgracias y gracia?
Cien mil cosas;
ya te han puesto en la horca los farsantes.
Los muchachos han hecho pepitoria
de todas tus médulas y tus huesos.
Hante vuelto divino: ¿qué más quieres?
Cántante por las plazas, por las calles;
báilante en los teatros y en las casas;
has dado que hacer a los poetas,

más que dio Troya al mantuano Títiro.
Oyente resonar en los establos.
Las fregonas te alaban en el río;
los mozos de caballos te almohazan.
Túndete el tundidor con sus tijeras;
muy más que el potro rucio eres famoso.
Han pasado a las Indias tus palmeos,
en Roma se han sentido tus desgracias,
y hante dado botines sine numero.
Por Dios que te han molido como alheña,
y te han desmenuzado como flores,
y que eres más sonado y más mocoso
que un reloj y que un niño de dotrina.
De ti han dado querella todos cuantos
bailes pasaron en la edad del gusto,
con apretada y dura residencia;
pero llevóse el tuyo la excelencia.
Tenga yo fama, y háganme pedazos;
de Efeso el templo abrasaré por ella.
Tocan de improviso los músicos, y comienzan a cantar este romance:
Ya salió de las gurapas
el valiente Escarramán,
para asombro de la gura
y para bien de su mal.
¿Es aquesto brindarme, por ventura?
¿Piensan se me ha olvidado el regodeo?
Pues más ligero vengo que solía;
si no, toquen, y vaya, y fuera ropa.
¡Oh flor y fruto de los bailarines,
y qué bueno has quedado!
Suelto y limpio.
El honrará las bodas de Trampagos.
Toquen; verán que soy hecho de azogue.
Váyanse todos por lo que cantare,
y no será posible que se yerren.
Toquen; que me deshago y que me bullo.
Ya me muero por verle en la estacada.
Estén alerta todos.
Ya lo estamos.
Cantan.
Ya salió de las gurapas
el valiente Escarramán,
para asombro de la gura,
y para bien de su mal.
Ya vuelve a mostrar al mundo
su felice habilidad,
su ligereza y su brío,
y su presencia real.
Pues falta la Coscolina,
supla agora en su lugar
la Repulida, olorosa
más que la flor de azahar.
Y, en tanto que se remonda
la Pizpita sin igual,

de la Gallarda el paseo
nos muestre aquí Escarramán.
Tocan la Gallarda; dánzala ESCARRAMAN, que le ha de hacer el
bailarín; y, en habiendo hecho una mudanza, prosíguese el romance.
La Repulida comience,
con su brío, a rastrear,
pues ella fue la primera
que nos le vino a mostrar.
Escarramán la acompañe;
la Pizpita, otro que tal,
Chiquiznaque y la Mostrenca,
con Juan Claros el galán.
¡Vive Dios que va de perlas!
No se puede desear
más ligereza o más garbo,
más certeza o más compás.
¡A ello, hijos, a ello!
No se pueden alabar
otras ninfas ni otros rufos
que nos pueden igualar.
¡Oh, qué desmayar de manos!
¡Oh, qué huir y qué juntar!
¡Oh, qué nuevos laberintos,
donde hay salir y hay entrar!
Muden el baile a su gusto,
que yo le sabré tocar:
el Canario, o las Gambetas,
o Al villano se lo dan,
Zarabanda, o Zambapalo,
el Pésame dello y más;
el Rey don Alonso el Bueno,
gloria de la antigüedad.
El Canario, si le tocan,
a solas quiero bailar.
Tocaréle yo de plata;
tú de oro le bailarás.
Toca el Canario, y baila solo ESCARRAMAN; y, en habiéndole bailado,
diga:
Vaya El villano a lo burdo,
con la cebolla y el pan,
y acompañenme los tres.
Que te bendiga San Juan.
Bailan el Villano, como bien saben, y, acabado el Villano, pida
ESCARRAMAN el baile que quisiere, y acabado, diga TRAMPAGOS:
Mis bodas se han celebrado
mejor que las de Roldán.
Todos digan, como digo:
¡Viva, viva Escarramán!
¡Viva, viva!